

El 4 de mayo de 1714 un nuevo duelo afligió á la corte. El duque de Berri hacía tiempo que no estaba bien; padecía fiebres y tenía un «semblante horriblemente malo.» El día 3 de mayo, á pesar de tener calentura y escalofríos, había querido «ir á la medicina del rey,» porque era un deber de familia y de corte acompañar al monarca los días en que se purgaba, y al otro día el príncipe hallábase en estado desesperado. Preguntáronle si quería recibir el viático y la extremaunción y contestó que sí, con tal que se los dieran «después que el rey se hubiese acostado á fin de ahorrarle aquel triste espectáculo que podría conmoverle demasiado.» Pero tuvo un desmayo y al volver en sí dijo: «No, no lo retrásemos; creo que la cosa urge.» El rey fué á buscar el Santo Sacramento y la lúgubre ceremonia duró tres cuartos de hora.

Muerto el duque de Berri sin hijos, sólo quedaban dos descendientes legítimos de Luis XIV, Felipe V de España, su nieto, que había renunciado á la corona, y un bisnieto, el duque de Anjou, niño de cuatro años y medio, á quien vistieron de calzones en agosto de aquel año, lo que le hizo parecer aún más bonito, porque era «un niño hermoso, pero no muy bien criado.» Como era «delicado y endeble, tenían miedo de hacerle llorar y le dejaban hacer cuanto quería.»

El porvenir de la familia real inquietó á Luis XIV, pues si bien quedaban herederos legítimos de la corona, como el duque de Orleans y su hijo y los dos jóvenes príncipes Borbón-Condé, también éstos podían morir, posibilidad que quizás no afligía gran cosa al rey, porque aquellos príncipes aun cuando eran de la sangre de Francia, no eran de su sangre personal. Ya en 1694 había dado categoría á sus dos bastardos, el duque del Maine y el conde de Tolosa, después de los príncipes de la sangre y antes de los príncipes extranjeros, de los duques y de los pares; y después de la muerte del duque de Berri confirmó aquel edicto y decidió que los hijos del duque del Maine tendrían los mismos honores que su padre. Finalmente, para dar á los legitimados «mayores muestras de su cariño y de su estimación,» ordenó, por edicto de julio de 1714, que, en defecto de príncipes legítimos, heredarían la corona.

Era esto un gran atrevimiento ya que, según la común opinión, un rey de Francia no podía hacer príncipes de la sangre más que con la reina. Los que creían en leyes fundamentales de la monarquía entendían que una de éstas era que el rey fuese sólo usufructuario de la corona y que ésta se transmitiese de varón á varón en la descendencia legítima, recobrando la nación su derecho de elegir monarca en el caso de extinguirse la dinastía. Pero ¿cuántos eran los que creían en leyes fundamentales? La ley única era la voluntad del rey; la antigua monarquía había pasado á ser propiedad de una persona y Luis XIV opinaba que su persona bastaba para hacer príncipes de la sangre. Por otra parte, había mezclado tan bien sus dos familias que se hacía difícil distinguir las. La misma Madama convenía en ello: «Desde el momento que tenemos en nuestra familia á la hermana del duque del Maine y del conde de Tolosa, prefiero que se encumbre á éstos á que se les rebaje, que al fin y al cabo, son tíos de todos los príncipes y de todas las princesas de la sangre, de suerte que se conforma uno más fácilmente con la gracia que

el rey les ha dispensado.» El edicto que tanto indignó á Saint-Simón, no parece haber conmovido al público; el Parlamento lo registró sin dificultad.

Pero en el momento en que Luis XIV tomaba esas precauciones para un porvenir lejano, preocupábale una eventualidad evidentemente próxima: ¿á quién correspondería la regencia después de su muerte? Como no había reina ni princesa madre que pudiese pretenderla, debía recaer en el príncipe de la sangre más próximo, el duque de Orleans; mas ¿cómo confiar la corona á un hombre escandaloso y sospechoso de tan grandes crímenes? «Lo que me aflige es que su hija, que vive en la irreligión más imprudente, no sería tal como es sin él, y que, sabiendo él todo lo monstruoso que se dice de su trato, no por esto deje de pasar la vida con ella. Esa irreligión, ese menosprecio de toda difamación, ese abandono á una persona tan extraña parecen hacer creíble todo lo que á uno le cuesta más creer.» Fenelón, que es quien así se expresa, se pregunta qué sucedería si ese príncipe «sospechoso de maldad se viese dueño de todo lo que se interpusiera entre él y la autoridad suprema,» es decir, si el regente no envenenaría al rey. Y de todos modos, estando entregado á su hija, ¿cómo contribuiría «á la buena educación del joven príncipe y al buen orden para restablecer el Estado?» Luis XIV se hacía seguramente las mismas preguntas que con él se hacían también otras personas de su camarilla; y todas las combinaciones posibles debieron ser estudiadas en conversaciones íntimas que han permanecido secretas. La señora de Maintenón no podía dejar de interesarse en una cuestión muy grave para ella, que estaba obligada á pensar en el día de mañana, y si hemos de dar crédito á la duquesa del Maine, á ella debían los legitimados la «gracia prodigiosa» que les fué otorgada en el edicto de julio; de aquí que la princesa prometiese que sus hijos tendrían para la señora de Maintenón «todo el agradecimiento y todo el respeto debidos á la propia madre.» ¿Será cierto que una intriga oculta aconsejara á Luis XIV la convocación de los Estados generales para hacer elegir regente con la esperanza de que elegirían al duque del Maine? Pero reunir á los Estados de la nación habría sido reconocer que ésta formaba cuerpo enfrente del rey y desmentir todo el reinado; de aquí que Luis XIV, adoptando un término medio, escribió un testamento que fechó en 2 de agosto de 1714.

En aquel documento instituía un consejo de regencia compuesto de catorce personas designadas nominalmente, y entre las que estaban el duque del Maine y el conde de Tolosa, el cual consejo había de resolver todos los asuntos por mayoría de votos. El regente, duque de Orleans, sólo tendría la presidencia del mismo; el cuidado y la educación del rey corresponderían al duque del Maine, á quien los funcionarios de la real casa prestarían juramento de obediencia y bajo cuya autoridad estaría el ayo del monarca, que lo sería el mariscal de Villeroy. Luis XIV entregó el testamento al primer presidente y al procurador general del Parlamento, quienes lo depositaron en un nicho que hicieron practicar en un muro de la torre del palacio. Se ha afirmado que el rey hizo á los dos magistrados y á la reina de Inglaterra la siguiente confesión: «He hecho un testamento; se ha querido absolutamente que lo hiciera y he

tenido que comprar mi reposo;» pero esta afirmación no es cierta, pues Luis XIV debió querer por su espontánea libertad limitar los poderes de su sobrino, que tanto le inquietaba, y equipararle, en cuanto pudiese, á su hijo el duque del Maine. Dicese que manifestó á las citadas personas que con su testamento sucedería lo que había sucedido con el de su padre; y efectivamente debió figurarse la escena en que aquella su última disposición sería anulada delante del joven rey como lo fué, en presencia suya, la de Luis XIII. De haber podido entregar en otras manos que en las de los parlamentarios el documento en que había consignado sus últimas voluntades, seguramente lo habría hecho; pero la costumbre exigía que tributara ese homenaje á la autoridad del Parlamento, aun sabiendo perfectamente que con ello ofrecía á aquella corporación, tantas veces por él humillada, los medios de tomarse un ruidoso desquite.

En los momentos en que de esta suerte se ocupaba en arreglar el porvenir, Luis XIV ya no era más que un anciano caduco. Por muy robusta que fuese su compleción, hacía tiempo que sufría grandes molestias. En noviembre de 1686 estuvo enfermo de una fístula en mal sitio, y soportó la operación con admirable paciencia, celebró consejo por la tarde y se pasó todo el día cantando en la cama. El gran defecto de su régimen era que no sabía «contenerse en cuestión de comida;» y para aligerar su estómago recargado purgábase una vez al mes, por lo menos, el último día de la luna, á no ser que tuviese alguna preocupación muy grande, como sucedió en 1708 en que, á causa de los asuntos de Flandes, retrasó algunos días aquella operación. Las medicinas que tomaba eran muy fuertes y á ellas añadíanse las sangrías: «Hace ocho días, escribe Madama en 1701, le han sacado, como medida de precaución, cinco ampolletas de sangre; hace tres, Su Majestad tomó una fuerte medicina.» Sin embargo, sostívose hasta 1712; en enero de ese año escribía la señora de Maintenón: «Ninguna disminución en las comidas...; ninguna alteración en el buen semblante...; tiene la manera de andar y todo el aspecto por encima de todos los que se han visto.» Comparaba al rey con su contemporáneo el caballero mayor, lleno de reumatismos y que no podía andar; con Villeroy, gotoso á pesar de su sobriedad, y con el duque de Gramont, que no tenía un solo día bueno. Pero pronto se precipitó la decadencia.

Durante mucho tiempo, los familiares no quisieron confesar el peligro; «los criados inferiores se percataron de él,» pero «ni uno se atrevía á abrir la boca.» Los médicos advertían al rey que debía cuidarse; en marzo de 1714, Fagón le decía que «le interesaba tranquilizarse respecto del asunto de la Constitución;» y en Pascua de Pentecostés de 1715, el cirujano Marechal comunicaba á la señora de Maintenón sus inquietudes, pero «poco faltó para que Marechal fuese despedido.» No obstante, la verdad sobre el estado del rey comenzaba á difundirse en el extranjero, y Luis XIV supo que se habían hecho apuestas «públicamente en Inglaterra sobre la poca duración de su vida,» y que muchos apostaban que «difícilmente vería los primeros días de septiembre.» Mientras pudo se mantuvo firme, y el día 27 de julio, después de comer, pasó revista á su regimiento rodeado de damas que llevaban magníficas bandas y

lazos en los hombros de color de fuego, que era el color de aquel regimiento; pero el 10 de agosto volvió á Marli, desde Versalles, tan débil que tenía el aspecto de un cadáver; todas sus carnes habían desaparecido y su magrura era espantosa. Quejábase de dolores en la pierna y en el muslo y los médicos creyeron que se trataba de un ataque de gota ciática; pero la aparición de manchas negras reveló la gangrena senil. Entonces preparóse á morir y dispuso los últimos actos de su existencia.

El día 24 de agosto mandó llamar al P. Le Tellier y se confesó; al día siguiente, que era su santo, quiso recibir la alborada de los pífanos y tambores de los suizos y de los guardias franceses y ordenó que les dejaran acercarse hasta el pie del bajón del patio de mármol y los escuchó «atentamente.» Comió en público, mientras en la antecámara tocaban los violines y los oboes; por la tarde dormitó, se despertó mal y tuvo algunos síncope. Preguntado por el P. Le Tellier si desearía recibir los sacramentos, contestó: «Con todo mi corazón;» y al recibir la Eucaristía y la extremaunción, repitió varias veces: «Padre mío, tened piedad de mí!»

Su serenidad en aquellos momentos fué admirable: «ordenó al conde de Pontchartrain que llevase su corazón á la casa de profesos de los jesuitas con la misma tranquilidad con que, estando bueno, encargaba una fuente para Versalles ó Marli;» hubiérase dicho que «iba á emprender simplemente un viaje.» Quiso que en cuanto él muriese, el Delfín fuese llevado á Vincennes para que disfrutase de buenos aires; pero «acordándose de que la corte no había estado allí desde hacía cincuenta años, mandó que fuesen á buscar el plano de aquel castillo, que sabía estaba guardado en un sitio que indicó, y lo entregasen al gran mariscal de logis.» Aceptaba la muerte sin quejarse, comprendiendo que aquel tránsito no era tan difícil, y «sin echar de menos nada de la vida.» No parecía ya de este mundo y varias veces hablando del Delfín le llamó «el joven rey.»

En sus despedidas, comenzadas el 25 de agosto, habló mucho y mejor que nunca, con una mezcla de sinceridad y de disimulo, pues ni siquiera en aquel supremo momento fué sincero del todo.

Quando recibió á los príncipes fueron tantas la amistad y la confianza que manifestó al duque de Orleans, que éste, de no haberlo sospechado ya *motu proprio*, no habría podido adivinar que el moribundo hubiese adoptado contra él tantas precauciones. Al duque del Maine le comunicó particularmente que le había confiado la superintendencia de la educación del futuro rey. La entrevista con Madama, con las princesas y con la duquesa de Berri fué en extremo conmovedora; de Madama se despidió con palabras bondadosísimas, asegurándole que siempre la había querido, más de lo que ella misma se figuraba, y que sentía haberla á veces disgustado, y ella se emocionó tanto que se asombró de no haberse «caído desplomada» sin conocimiento. A las princesas, sus hijas, recomendóles sonriéndose que vivieran unidas.

Tres veces se despidió de la señora de Maintenón; la segunda, no pudo contener las lágrimas y preguntó si había alguien que pudiese oírle; pero añadiendo: «Aunque alguien oyese que me entenezco con vos, no se sorprendería de ello.» En la última entrevista, mos-

trábase inquieto por su suerte futura; ella le tranquilizó diciéndole: «Yo nada significativo; no os ocupéis de mí.» Sin embargo, luego mudó de consejo y le rogó que la recomendará al duque de Orleans, lo que hizo el rey, elogiando una vez más á su vieja amiga: «Me ha sido útil en todo, especialmente para mi salvación.» La señora de Maintenón no abandonó al rey en su lecho de muerte, como de ello se la ha acusado; fué él quien le suplicó repetidas veces que se retirase porque su vista le enternecía demasiado. No salió de Versalles hasta la noche del 30, á fin de que la gente no la viese en el momento en que con el último aliento del monarca se disiparía como el humo su fortuna prodigiosa, y se marchó á Saint Cyr: «Allí están mi retiro y mi tumba,» había dicho.

Los funcionarios y los cortesanos fueron llamados dos veces al lado del rey, quien, mandando descender las cortinas de su cama para abrazar con una última mirada la corte de Francia, les dijo: «Señores, estoy satisfecho de vuestros servicios; me habéis servido fielmente y con ganas de complacerme.» Recomendóles que asimismo sirviesen bien al Delfín, «un niño de cinco años que puede sufrir muchas contrariedades,» como las había sufrido él en su infancia, y que obedeciesen á su sobrino que iba á encargarse del gobierno del Estado. «Yo me voy, dijo, pero el Estado subsistirá siempre;» y luego añadió: «Espero... que alguna vez os acordaréis de mí,» palabras que fueron acogidas con sollozos y lágrimas.

Según un relato, pidió «perdón por el mal ejemplo que había dado.» Bien debía esta confesión pública á su conciencia de cristiano moribundo; pero en el fondo de su corazón no execraba de su pasado, puesto que hasta su último momento quiso asegurar la suerte de sus bastardos. En una carta escrita por él, poco antes de su muerte al pequeño Delfín, á quien debía serle entregada por el mariscal Villerói cuando llegase á los diez y ocho años, preveía que, de ocurrir «algún disturbio» en el reino durante la menor edad, podría sobreenvenir al duque del Maine «alguna desgracia,» y rogaba á su sucesor que, en cuanto pudiese, reparase el mal. «Deseo, hijo mío..., que restablezcáis las cosas en el mismo estado en que se hallen á mi muerte, así en lo que concierne á la religión como en lo que se refiere al duque del Maine;» lo cual era mezclar de muy singular manera lo profano con lo sagrado.

¿Cómo juzgó, en aquellas últimas horas, la obra de su gobierno? La señorita de Aumale refiere que habiéndole hablado la señora de Maintenón de esas «restituciones» que á veces tienen que hacer algunos cristianos moribundos, declaró: «Como particular, ninguna tengo que hacer á nadie; pero en lo concerniente al reino, no puedo esperar más recurso que la misericordia de Dios.» El comentario á estas palabras está en el discurso que dirigió al Delfín. Conducido éste junto á su lecho, contempló el rey «con aplicación y una especie de complacencia particular y le dijo: «He amado demasiado la guerra; no me imitéis en esto ni tampoco en los gastos excesivos que he hecho.» Recomendóle que aliviara á sus pueblos tanto como pudiese, lamentando su desgracia de no haber podido hacerlo por sí mismo; después le tomó en brazos y le bendijo alzando los ojos al cielo. Tampoco en esto podemos creer al

moribundo bajo su palabra, puesto que aun en sus últimos días proyectaba añadir diez mil toesas á aquel parque de Marli en donde, á fuerza de tanto oro, había puesto y cambiado fuentes y convertido lagos en bosques y bosques en lagos; y quería, además, hacer obras de ensanche, para las caballerizas y para la perrera, por haber aumentado considerablemente el tren de caza desde que el conde de Tolosa había sido nombrado montero mayor. Por otra parte, apenas firmada la paz, portóse con Inglaterra como si hubiese deseado reanudar la guerra, apoyando en secreto al pretendiente y proporcionándole armas y dinero. Justificábase, pues, la frase de Fenelón: «Estáis... confundido por vuestras propias faltas, sin querer confesarlas, y dispuesto á comenzar de nuevo si dentro de dos años podéis respirar.» Luis XIV era, por consiguiente, incorregible, é iba á morir en la impenitencia final.

Platicó varias veces con los cardenales de Rohán, de Bissy y de Polignac y con el P. Le Tellier y permaneció fiel á los partidos que había adoptado en materias religiosas. Por un codicilo de 23 de agosto dió por confesor á Luis XV al P. Le Tellier. Al día siguiente, habiéndole el cardenal de Noailles expuesto en una carta la pena que sentía de verse alejado de él en tales momentos, contestóle que «su mayor placer sería morir en sus brazos,» pero que no podía ser esto si Noailles no se decidía á «unirse con los obispos sus colegas,» aceptando la bula *Unigenitus*. Quizás sintió dar ó hacer dar esta respuesta y acaso temía haber obrado en todos esos asuntos «por prevención» y «llevado su autoridad demasiado lejos;» de aquí que tomase la precaución de recordar á los cardenales y al P. Le Tellier que «en los últimos negocios no había hecho más que seguir sus consejos y hacer lo que ellos le habían aconsejado que hiciera,» deduciendo de ello que «si había podido obrar mal, ellos lo tendrían sobre sus conciencias y serían responsables ante Dios.» De este modo se libraba de toda inquietud en una materia que, en su concepto, interesaba particularmente á la salvación de su alma.

La gangrena había destruido la pierna é invadido el muslo. De París acudieron médicos «que tomaron el pulso y examinaron la pierna del rey» por pura fórmula; también fueron llamados los maestros cirujanos de San Cosme, que «se miraron unos á otros moviendo la cabeza,» y se ensayaron remedios empíricos. El rey, que había perdido el conocimiento el día 30 de agosto, despertó un momento el 31 á eso de las diez de la noche, mientras se rezaban las preces de los agonizantes; rezó el *Ave María* y el *Credo* con voz fuerte que dominaba las de los presentes, después se amodorró de nuevo y murió el domingo 1.º de septiembre á las ocho de la mañana.

#### V. — Conclusión sobre el reinado

Hemos sentado conclusiones parciales después de los principales capítulos de ese largo reinado; la conclusión general, en la que todas las demás se juntan y resumen, nos la da el hecho de no haber la monarquía sobrevivido á Luis XIV más que setenta y cuatro años, casi los mismos que él reinó. Luis XIV ha gastado la monarquía francesa.

La continuidad de la guerra, la loca enormidad de los gastos de lujo, los errores de un colbertismo exagerado en que no hubiera incurrido el propio Colbert, los defectos agravados del régimen fiscal más á propósito para llevar el desaliento al trabajo, la revocación del edicto de Nantes y la pérdida de energías que de ella fué consecuencia, redujeron un país industrial, en el que se admiran, aun en los peores momentos, la perseverancia y el esfuerzo, á un estado de miseria atestiguado por testimonios numerosos, fidedignos y lamentables. Por lo que hace á la gestión de la hacienda del Estado, su historia es la del particular que, habiendo nacido rico, gasta cada año más de lo que puede, se sostiene por medio de expedientes ruinosos, pierde todo su crédito entre sus proveedores, considera acto meritorio vender su vajilla de plata y ofrecer á su intendente empeñar sus joyas en el Monte de Piedad, llega hasta la estafa y acaba por declararse en quiebra.

Luis XIV consideraba la política religiosa como la parte esencial de su gobierno y no estuvo acertado en ella. Quiso hacer de su reinado un «pontificado edificante», pero entró en competencia con el papa, pontífice ecuménico que no se dejó despojar por aquel pontífice provincial; y después de grandes gestos, de palabras altaneras y ofensivas, hubo al fin de descender á súplicas de penitente vergonzante que pide el secreto de la confesión de su pecado. No fué más afortunado Luis XIV en sus esfuerzos para lograr que sus súbditos volviesen á la unidad de la fe. Dijo que «nada hay que él no haya creído deber sacrificar á la conservación de la fe en su reino;» pero sus sacrificios, que fueron enormes, resultaron inútiles, y en sus últimos tiempos presenció una especie de renacimiento del protestantismo y del jansenismo. Protestantes y jansenistas continuaron siendo los enemigos del régimen perseguidor, porque los rencores y los odios perduran tanto como las mismas religiones; y en el combate que va á empezar contra la monarquía absoluta volveremos á encontrar á los perseguidos. La política se ha mezclado ya en los asuntos religiosos; el galicanismo, traicionado casi por el rey, ha encontrado un refugio en el Parlamento, que después de haberse visto obligado á guardar silencio durante mucho tiempo, volverá á hablar al día siguiente mismo de la muerte de Luis XIV.

El triunfo más patente de Luis XIV fué el obtener la obediencia política, y el lograrlo no dejó de costarle algún trabajo, pues no hubo año en que no estallaran sediciones, algunas de ellas gravísimas. Y será menester hacer la historia exacta de esas insurrecciones, de los motivos invocados y de las injurias y de las amenazas durante ellas pronunciadas, si se quiere conocer claramente los prodromos de la Revolución. Pero eran simples rugidos de trueno cortos y aislados; la tormenta general sólo la preveían algunos, y aun éstos quizás no creían muy firmemente en sus propias previsiones. Por lo demás, los sublevados eran generalmente los «individuos» más miserables, á los que fácilmente se ajustaban las cuentas fusilándolos, ahorcándolos ó enviándolos á las galeras; lo único que importaba era la obediencia de las «corporaciones,» Parlamento, nobleza y clero.

¿Se preguntó alguna vez Luis XIV si esas corpora-

ciones podían servir al Estado de otro modo que por la obediencia? Entre sus íntimos no faltaba quien se lo preguntase; así Fenelón opinaba que era necesario «recordar la verdadera forma del reino y templar el despotismo, causa de todos nuestros males,» y llevar á «todo el cuerpo de la nación el convencimiento de que á ella corresponde sostener á la monarquía, que marcha á su ruina.» Pero si Luis XIV «recordaba» una antigua forma del reino era para despreciarla, y no creía ciertamente que «la monarquía marchase á su ruina.» De Fenelón decía que era «un buen talento químico;» todas las miras de los reformadores le parecían quimeras y no conocía otra realidad que él mismo. Cada vez se hizo más amo y acabó por ser el autócrata que da sus órdenes al oído de quienes han de ejecutarlas; y habiéndole imitado los ministros, cada uno en su departamento, organizóse la burocracia que, merced á la acción de los intendentes, penetró en todas partes, hasta en las más pequeñas corporaciones y en los más insignificantes talleres, amontonando reglamentos sobre reglamentos, de tal manera que hubo estatutos de mercaderes ó de artesanos que «igualaron en volumen á todo el cuerpo de derecho romano.» En aquel gran reino ya no hubo nadie que respirase libremente.

Luis XIV no fué un déspota «ilustrado» como habría querido Colbert, puesto que dejó subsistir todo aquello que no le molestaba á él, al rey, y que, en cambio, tanto molestó á Colbert, es decir, la diversidad entre las provincias y la diferencia de fueros, pesas y medidas, del cupo y del sistema de impuestos, una especie de anarquía bajo las hermosas apariencias del régimen monárquico. Asimismo mantuvo los privilegios de la Iglesia y de la nobleza sojuzgadas y conservó los parlamentos, después de haberles retirado «la autoridad y casi el honor.» Lo que pronto se denominará «Antiguo régimen,» ese compuesto de antiguallas inútiles ó funestas, de decoraciones desgarradas, de derechos sin deberes que han acabado por convertirse en abusos, esas ruinas de un largo pasado sobre las cuales alzáse solitaria una omnipotencia que se niega á prepararse un porvenir, sería injusto imputarlo exclusivamente á Luis XIV; pero lo que sí es cierto es que fué él quien lo elevó al más alto grado de imperfección y lo marcó con el sello de la muerte.

Luis XIV ensanchó las fronteras del reino, pues si no deben atribuirse á él la adquisición del Rosellón, ni la del Artois, ni la de Alsacia, que fueron obra de Luis XIII y de los dos cardenales, en cambio él fué quien conquistó y conservó el Franco-Condado, una parte de Flandes, una parte del Hainaut, el Cambresis y Estrasburgo, haciendo de su reino, por medio de un admirable cinturón de fortalezas, un sólido «campo atrincherado de veinte millones de hombres.» Pero por considerables que sean, en la historia de nuestro territorio nacional, los resultados conseguidos, la situación tan fuerte de la Francia en 1661 y el estado tan débil de Europa, permitían esperar mucho más.

Es menester repetir en este lugar cuán valiosa habría sido para Francia la adquisición de los Países Bajos españoles, que habría hecho de París, ciudad demasiado cercana á la frontera, el centro del reino; equilibrado dentro de la unidad nacional los genios y los tem-

peramentos del Norte y del Mediodía, dado á Francia el aumento de una población laboriosa y rica, extendido su litoral hasta la desembocadura del Escalda y añadido Amberes á Dunkerque, á Burdeos y á Marsella. La conquista de aquel territorio podía haberse realizado sin violentar la naturaleza y sin ofender demasiado los sentimientos de los habitantes; lo que hoy sería un crimen no lo hubiera sido en aquellos tiempos, pues si las provincias belgas habían pasado á ser del dominio de España debíase al azar de matrimonios y de herencias. Bien es verdad que aquellas provincias, unidas por la costumbre de vivir juntas desde los tiempos borgoñones, comprendían que tenían un destino común y miraban con el mismo desamor á sus vecinos de Francia que á sus vecinos de Holanda; pero no lo es menos que entonces no había nacido aún la idea de una patria belga. Las ciudades del Artois y de Flandes adquiridas en el siglo xvii convirtiéronse muy pronto en francesas y hasta en patriotas, de la misma manera que la Alsacia, separada de la Alemania inorgánica, se identificó con Francia muy rápidamente.

Preciso es también repetir que la Francia de Colbert y de Seignelay, la Francia de Dunkerque, de Brest, de Rochefort, de Burdeos y de Marsella, colonizadora del Canadá, de la Luisiana y de las Antillas, podía llegar á ser tanto como «poderosa en el mar» «fuerte en la tierra», según decía Colbert, quien quería asegurarle, mediante la conjunción de las fuerzas de tierra y mar, el pleno «poderío en armas.» En 1689, las fuerzas navales de Luis XIV eran iguales á las de Inglaterra y Holanda juntas.

La adquisición de los Países Bajos y la creación de una gran potencia marítima habrían encontrado indudablemente grandes resistencias, y ya hemos cuidado de hacer constar cuán difícil fué siempre para Francia seguir su doble vocación de anfíbio (1); pero hay derecho para opinar que Luis XIV, dadas las circunstancias excepcionales que se le ofrecieron, habría sacado de ellas mucho mejor partido si no hubiese practicado aquella política de intenciones diversas y contradictorias, agrupadas en torno de una idea fija que consistía en procurarse la gloria á costa de las humillaciones ajenas; política mezcla de prudencia, de truhanadas y de impulsos de orgullo que en un momento destruían un largo artificio; política por la cual todo el mundo

(1) Véase pág. 113.

fué violentado, insultado ó engañado de tal modo que las coaliciones fueron ensanchándose siempre y acabaron por abarcar á la Europa entera; política de guerras perpetuas dirigida por un hombre que tenía las aptitudes de un buen «oficial de estado mayor,» pero no la cabeza de un general ni el corazón de un soldado.

Francia amó durante mucho tiempo á su rey y casi lo adoró, admirando en sus palabras y en sus gestos su propia grandeza y su propia gloria. Cuando sufrió tan cruelmente á consecuencia de las muchas faltas cometidas, entonces estallaron cóleras y maldiciones y pareció enteramente muerta la gloria de Luis XIV; pero esta gloria renacerá muy pronto. En los comienzos del siguiente reinado, se intentará vivir de otro modo que se había vivido anteriormente; mas el intento fracasará, porque Luis XIV había dado á Francia su última forma política, el despotismo. Muerto él, nadie sabrá dirigir ese régimen y se dará el hecho inverosímil de «encontrar el despotismo en todas partes y no encontrar al déspota en ninguna.» El gobierno interior y la política extranjera adolecerán de debilidad y de incoherencia y Francia descenderá; Voltaire entonces volverá los ojos á la grandeza de Luis XIV cuyos defectos serán olvidados. Después, el gran rey, aun cuando ha tenido críticos severos é historiadores justos, ha conservado su fama grande, y á la razón que descubre «el fondo destructivo de aquel reinado» opónese la imaginación seducida por la «brillante corteza,» la imaginación que se complace en el recuerdo de aquel hombre que no fué malo, que tuvo buenas cualidades, hasta virtudes, belleza, gracia y el don de bien decir; que, en el momento en que Francia brilló, la representó brillantemente y se negó á confesar «su postración» cuando se vió postrada; que sostuvo su gran papel desde las primeras escenas espléndidas hasta las escenas sombrías del último acto, en un escenario maravilloso formado por aquellos palacios edificadas en lugares desconocidos y en tierras ingratas; por aquellas fuentes que surgen de un suelo sin agua; por aquellos árboles llevados de Fontainebleau ó de Compiègne, y por aquel cortejo de hombres y mujeres también desarraigados, transplantados allí para representar el coro de una tragedia tan lejana á nuestros ojos, no acostumbrados á esos espectáculos y á esas costumbres, que llega á ofrecérsenos rodeada de algo del encanto y de la grandeza de una antigüedad.

## ÍNDICE DEL TOMO CUARTO (PRIMERA PARTE)

## LUIS XIV. LA FRONDA. EL REY. COLBERT (1643-1685)

	Páginas		Páginas		
<b>LIBRO PRIMERO</b>					
<b>EL PERÍODO DE MAZARINO (1643-1661)</b>					
CAPÍTULO PRIMERO. — <i>Antes de la Fronda (1643-1649).</i>		VI. — Los impuestos indirectos ( <i>aides</i> ) . . . . .	86		
I. — Establecimiento de la regencia y del cardenal Mazarino. . . . .	1	VII. — Los derechos aduaneros ( <i>traites</i> ) . . . . .	87		
II. — La política y la guerra hasta la paz de Westfalia. . . . .	4	CAPÍTULO II. — <i>El trabajo.</i> — I. — La lucha contra los obstáculos. . . . .	89		
III. — Dificultad de gobernar; la fiscalización real. . . . .	12	II. — La agricultura. . . . .	92		
IV. — Conflicto entre el Parlamento y la Corona. . . . .	14	III. — Las manufacturas y los oficios. . . . .	94		
CAPÍTULO II. — <i>La Fronda (enero de 1649 julio de 1653).</i>		CAPÍTULO III. — <i>El gran comercio y las colonias.</i> — I. — El Estado en 1661. . . . .	101		
I. — Reflexiones sobre la Fronda. . . . .	19	II. — El régimen protector. . . . .	102		
II. — Las dos primeras guerras y los intermedios. . . . .	20	III. — La Compañía de las Indias Orientales. . . . .	103		
III. — El estado incompleto. . . . .	23	IV. — La Compañía de Levante. . . . .	106		
IV. — La guerra general. . . . .	24	V. — Las colonias. . . . .	110		
V. — Ruinas materiales. . . . .	26	VI. — Recapitulación sobre el gobierno económico. . . . .	113		
VI. — Ruinas políticas. . . . .	28	<b>LIBRO CUARTO</b>			
CAPÍTULO III. — <i>Después de la Fronda.</i> — I. — La política y la guerra desde 1648 á 1660. . . . .	29	<b>EL GOBIERNO POLÍTICO</b>			
II. — La hacienda y los asentistas; el superintendente Fouquet. . . . .	35	CAPÍTULO PRIMERO. — <i>La reducción á la obediencia.</i> — I. — El régimen de la prensa. . . . .	115		
III. — El jansenismo. . . . .	39	II. — La lucha contra toda clase de autonomía. . . . .	118		
IV. — Muerte de Mazarino. . . . .	49	CAPÍTULO II. — <i>Las leyes, la justicia y la policía.</i> — I. — Las leyes. . . . .	124		
<b>LIBRO SEGUNDO</b>					
<b>LA INSTALACIÓN DEL REY</b>					
CAPÍTULO PRIMERO. — <i>El rey.</i> — I. — La personalidad del rey. . . . .	53	II. — La justicia. . . . .	127		
II. — La educación. . . . .	55	III. — La policía y la caridad. . . . .	130		
III. — El «yo» del rey. . . . .	58	IV. — La justicia extraordinaria. . . . .	133		
CAPÍTULO II. — <i>El primer ministerio.</i> . . . .	61	V. — La justicia del rey. . . . .	135		
CAPÍTULO III. — <i>El estado político.</i> — I. — El gobierno central. . . . .	65	<b>LIBRO QUINTO</b>			
II. — La acción del rey. . . . .	69	<b>EL GOBIERNO DE LA SOCIEDAD</b>			
III. — Las provincias. . . . .	70	CAPÍTULO PRIMERO. — <i>Los artesanos y los labriegos.</i> — I. — Los artesanos. . . . .	138		
CAPÍTULO IV. — <i>El ofrecimiento de Colbert.</i> . . . .	73	II. — Los labriegos. . . . .	143		
<b>LIBRO TERCERO</b>					
<b>EL GOBIERNO ECONÓMICO</b>					
CAPÍTULO PRIMERO. — <i>La hacienda.</i> — I. — La cámara de justicia. . . . .	77	III. — Las revueltas del vulgo. . . . .	148		
II. — La máxima del orden. . . . .	79	CAPÍTULO II. — <i>El orden de los funcionarios.</i> — I. — Composición del orden. . . . .	154		
III. — El real patrimonio. . . . .	80	II. — Tentativas contra el orden de los funcionarios. . . . .	155		
IV. — La talla. . . . .	81	III. — Consecuencias de la venalidad y del carácter hereditario. . . . .	156		
V. — La gabela. . . . .	84	CAPÍTULO III. — <i>La nobleza.</i> — I. — El rey y el reclutamiento de la nobleza. . . . .	160		
		II. — La nobleza fuera del Estado. . . . .	161		
		III. — El rey mantiene á la nobleza. . . . .	161		
		CAPÍTULO IV. — <i>El clero.</i> — I. — El poder del clero. . . . .	166		
		II. — Las ideas y las prácticas del rey. . . . .	167		
		III. — La mediocridad del clero. . . . .	170		
		IV. — Conclusión sobre la sociedad. . . . .	172		